



Cultura

ÓPERA >

Muere la cantante de ópera Teresa Berganza a los 89 años

La mezzosoprano ha fallecido en Madrid este viernes



La mezzosoprano Teresa Berganza fotografiada en Barcelona.
MARCELLI SAENZ MARTINEZ



JESÚS RUIZ MANTILLA

Madrid - 13 MAY 2022 - 10:57 CEST

comunicado: "Adiós de Teresa: 'Quiero irme sin hacer ruido... No quiero anuncios públicos, ni velatorios, ni nada. Vine al mundo y no se enteró nadie, así que deseo lo mismo cuando me vaya'. Toda la familia respetamos su voluntad. Nuestro homenaje será recordarla en toda su plenitud y seguir disfrutando de ella a través de sus interpretaciones para recordarla siempre".

Teresa Berganza deja un inmenso vacío que llena la historia de la ópera. De pocas personas se podía aprender tanto lo que es saber mantener alta la dignidad de su arte. Tan graciosa e impredecible como rigurosa y seria para lo suyo. Gran testigo de su tiempo, poseía un radar realista hacia el pasado y buen ojo para el futuro. Se mostró siempre castiza y modernísima. Fue una joven que supo defenderse y desenvolverse por la Europa de posguerra y pronto asimiló con una gran carrera internacional el cosmopolitismo sin renunciar a un punto de vista estrictamente madrileño de la vida. Ella que nació en la calle San Isidro muy pronto se comió el mundo.



La mezzosoprano Teresa Berganza, en un momento de su actuación, en la Plaza de la Virgen (Valencia) durante la celebración de la "Ronda a la Verge 2003".
JORDI VICENT

Se armó para ello. Formándose a fondo. Estudió piano, armonía, música de cámara, composición, órgano y violoncelo. Pero se dedicó al canto después de pasar por el aula de Lola Rodríguez Aragón. Despuntó ya en su primer recital en Madrid. Tuvo lugar en el Ateneo, un 16 de febrero de 1957, algo que le dio alas para ya entrar por primera vez con un papel en escena: un Trujamán de *El retablo de maese Pedro* (Falla) en el Auditorio de la RAI, aquel mismo año en que también tuvo la oportunidad de debutar con el papel de Dorabella en *Così fan tutte* dentro del [festival de Aix-en-Provence](#) (Francia).

de Figaro, también con Giulini y un viaje al XVII y XVIII de la mano de Purcell, Haendel, Monteverdi, que le ocupó el principio de los años sesenta. De Mozart y aquellos retos barrocos pasó al bel canto junto a [Alfredo Kraus](#), con *El barbero de Sevilla*, luego el Metropolitan y la Scala la recibían con *Las bodas de Fígaro* mozartianas y la mencionada ópera de Rossini junto a Claudio Abbado. Esa que la consagró como icono y experta en el repertorio endiablado del creador de Pesaro, lo que no le apartaba de riesgos como meterse en un montaje de *Don Giovanni*, dirigido por el cineasta Joseph Losey y con Lorin Maazel en el foso. A ese nivel discurre la carrera de Berganza, que continuó en los setenta con diversos hitos en Salzburgo, Edimburgo, el Liceo, junto a [Karajan](#), Abbado, Kubelik... Los de una auténtica figura que ha sabido nadar entre lo más pegado a la tradición sin miedo a una radical modernidad. Ese instinto para saberse puente lo fue construyendo con una mentalidad fascinante, una manera de ver la carrera y su vida fuera de la norma.

[Berganza es hoy un referente](#) para todo el mundo que desee desentrañar la complejidad presente y pasada de la ópera, donde ella ha sabido brillar y mantenerse con los pies en el suelo sin renunciar a altos vuelos. Un caso insólito y ejemplar de carrera duradera en la cumbre sin que aquello le hiciera sentirse presa de una grandeza o una gloria pasada.

Toda la cultura que va contigo te espera aquí.

SUSCRÍBETE

Desde que la conocí jamás tuvo miedo a decir la verdad, a sentar cátedra de manera espontánea y desenfadada o reírse de todo lo que le rodeaba, empezando por sí misma. Demostró siempre una [salud mental](#) y una inteligencia asombrosas para analizar su oficio y el entorno en el que se desarrollaba. Tiraba de ironía para asegurar que le confundían cosas que tenía clarísimas. “No sé si es bueno o malo que haya tanta confusión por todas partes y también en el mundo del canto. En eso entramos los artistas. Todo el mundo quiere cantar, hay voces muy buenas, pero, ¿qué objetivos tienen? Ahí empieza el lío. ¿Qué tipo de voz define a éste o a aquél? Sigue la confusión. A las sopranos les dan papeles de *mezzos* y viceversa. Las sopranos ligeras se meten en repertorios dramáticos... ¿Qué pasa? Pues que a los ocho años se les acaban las carreras”.

Berganza es hoy un referente para todo el mundo que desee desentrañar la complejidad presente y pasada de la ópera

La melé, el lío, lo encontraba ella por todas partes y se agobiaba: “El problema es que sólo pensamos en la cantidad. El poder y el dinero. Ya nadie te dice: Qué voz tan bella. Ahora todo es: ¡Qué voz más grande tiene! La cantidad. Cogen un cantante y es de usar y tirar. Aquí nadie se aclara”.

Cuando veía una boda de postín en El Escorial, donde vivía, le entraba una carcajada: “Vivo enfrente del monasterio y me las veo todas. Menudos despliegues. Llegan con unos modelos, unos coches, unos tacones. Total... ¿Para qué? ¿Para qué se tienen que casar? ¿Por qué quiere la gente casarse si hoy puedes irte con quien quieras? Yo, que he tenido dos maridos y me ha durado cada uno 20 años, jamás pensé en lo bien que me lo iba a pasar sola, como ahora, que soy libre y disfruto de mi libertad, como mi Carmencita”.

Se refería a la criatura de Bizet. Pocas veces alguien se identificó tanto con un papel. [Berganza es referencia mundial](#) en la ópera del francés y ella sigue siendo su mujer preferida. “Me marcó *Carmen*, le debo muchísimo, más que esos papeles tan ñoños que hay por ahí. Ahora no se hace bien. Las que he visto no se

La seducción es algo que ella aplicaba siempre. “Una cantante lo es de la punta del pie a los pelos de la cabeza. Para vestir a diario, ya ves, me vale cualquier cosa”, aseguraba señalando su conjunto de camisas, pantalones y zapatillas deportivas de color butano, ocre y marrón, a juego con un tono de pelo y su peinado punki: “Pero para salir a escena me voy con los mejores modistas”.

Los directores de orquesta siempre han tenido una predilección por ella, aunque con algunos terminó a tortas. Conserva algunas batutas eminentes: “A mí me respetan. ¿Por qué? Porque soy músico. He estudiado dirección, composición, piano y no me engañan. A alguno le he cogido la batuta y se la he *tirao* a la cara, pero no puedo decir a quién. De otros, las colecciono. Sí, de Solti, de Karajan, de Karl Böhn, de Abbado. No está mal. A veces las cojo y dirijo lo que sale por la radio. En mi próxima vida seré directora de orquesta”, confesaba.



La mezzosoprano Teresa Berganza fotografiada en su casa de San Lorenzo de El Escorial.
ULY MARTÍN

La muerte no le asustaba. Antes de morir dijo a su familia que no quería velatorios ni tanatorios. “Cuando me muera, me gustaría que me envuelvan en una sábana, me quemen y me tiren al río. No temo a la muerte, pienso en ella con amor, me gustaría morir de repente para no sufrir yo ni ninguno de los que me quieren. Pero que no me enseñen muerta, que nadie vea mi cara de muerta y que no canten, a eso sí que le tengo miedo, porque como desafinen soy capaz de levantarme...”.

buena hasta que me tocan y pacífica si no me atacan. Ahora, cuando me hacen algo, ¡bueno! Me vuelvo una víbora”.

Por morder, podía morder hasta al acudir a un teatro de espectadora. Sin inmutarse aprovechaba a confirmar que fue protagonista de una leyenda urbana que circuló por ahí: “Hay gente muy maleducada y que no tiene ni idea. Una vez me dio por aplaudir un aria en mitad de una representación y el que estaba a mi lado me chistó para que me callara. Yo le respondí: Aplaudo porque me ha gustado, porque me da la gana y porque soy Teresa Berganza...”.

Aun así, a veces se quejaba de no haber sido suficientemente [reconocida](#) en su tierra. “Cuando empezaron a fijarse en mí yo ya llevaba 25 años de carrera”. ¿Fue Berganza un lujo que España no supo digerir? “Ésa es una muy buena reflexión”, dijo una vez ante aquella pregunta. Ella llevaba a gala haber hecho lo que le tocaba en cada época. “Cantaba todo y con todos. Hasta con Juanito Valderrama, del que se aprendía muchísimo. Y hasta hacía películas con Carmen Sevilla para ganar dinero. Luego empecé a cantar y desde entonces no he parado. Me fui a Italia, hice 13 o 14 conciertos y me dijeron: ¿Le apetece cantar en la Scala? Yo respondí: Bueno, ¿por qué no? Y he sido de las que entró en la Scala sin acostarse con el director, que no me gustaba entonces. Él sí quería, pero yo no”.

Tal vez por esas cosas se definía pobre pero honrada y entregada radicalmente a su voz: “Sí, ahora soy pobre porque me llamaban para cantar en el Metropolitan de Nueva York pero me llevaba a mi marido, a mis tres hijos, a mis padres, a una niñera y a una señora para limpiar. Así que al final me quedaban 100 dólares, pero he sido muy feliz. Tengo unos hijos maravillosos y unos padres que no me daban dinero porque en casa no había un duro, con un padre en la cárcel y una madre trabajadora, pero me inculcaron cultura y mucho cariño. Me enseñaron a amar. Por eso he tenido una infancia maravillosa en la que iba al colegio, cantaba en un coro y entre medias me comía un bocadillo de calamares”, dice.

Se definía como pobre pero honrada y entregada radicalmente a su voz

¿Y el marido? Entonces estaba casada con el pianista Félix Lavilla: “Pues el marido, cuando vas a los sitios en Rolls-Royce y te reciben con alfombra roja, al principio le gusta, pero después no lo aguanta y van surgiendo los celos. Llega un momento en que tienes que elegir: dejar al marido o dejar el canto, y mi voz no la habría abandonado por nada del mundo”.

Jamás dejó de estudiar y llegó a dar clases en la Escuela Reina Sofía. Sabía lo que era aprender de los grandes y quiso aportar. En ese sentido, siempre se mostró agradecida de lo que su relación con María Callas le dio. “Era la más grande. Yo creo que en mí, lo que vio, es que no era mala. Me quiso tanto... Me llevaba a todas las fiestas y me sentaba en sus rodillas. Me adoptó”. ¿Tanto como para copiar algo de ella? “Copiar, nada. Aprender, lo aprendí todo. Sobre todo que los más grandes son los más humildes. Después, a mí me han querido copiar mucho, pero no han salido como yo. No hay artista igual”, decía.

Lo que nadie era capaz de predecir eran sus salidas. Berganza fue siempre pura espontaneidad en cada respuesta. Como esta, a los 75 años. “Tengo tres cuartos de siglo. Te vistes de otra forma. Me falta el moño. El moño tenía mucho éxito”. De ahí pasamos a la audacia y al tiento. Ambas cualidades, necesarias para sostener carreras. “Si me hubiese dejado llevar por lo que querían en las discográficas, no hubiese durado ni dos años. A mí, los discos no me emocionan... Aunque he grabado casi 200. El disco puede ser la perfección, pero el

Eso no suponía que ella misma estuviera segura de lo que le gustaba. Una vez, en una entrevista que mantuvimos se lo preguntó ella misma. “A veces me pregunto: ¿Me gustará la ópera? ¿Me gustaba? Porque se ve cada cosa... Coñazo, la hacen coñazo”, decía. Aun así, seguía jugando a ser diva sin perder los papeles. “Puedes jugar a eso. Vacilando. Cuando te ponen alfombras rojas y *rolls-royces* con bar, te gusta. Cuando te aplauden media hora, claro que te sientes especial. Pero luego llegas a tu casa y eres la que ha nacido en la calle de San Isidro, número 13, de Madrid”.

SOBRE LA FIRMA**Jesús Ruiz Mantilla**

Entró en EL PAÍS en 1992. Ha pasado por la Edición Internacional, El Espectador, Cultura y El País Semanal. Publica periódicamente entrevistas, reportajes, perfiles y análisis en las dos últimas secciones y en otras como Babelia, Televisión, Gente y Madrid. En su carrera literaria ha publicado ocho novelas, aparte de ensayos, teatro y poesía.

Comentarios - 3 ●

Normas

Más información**Los García, la saga andaluza que revolucionó la ópera**

EVA DÍAZ PÉREZ | SEVILLA

Operación: traer la zarzuela al siglo XXI

JAVIER A. FERNÁNDEZ / JESÚS RUIZ MANTILLA | MADRID